

Aurelio González



ABRIÓ LOS OJOS

- PRIMERA PARTE –

ABRIÓ LOS OJOS

CAPÍTULO 12

Miércoles, 14 de agosto.

Lucía despertó con los primeros rayos del amanecer. La luz que se colaba a través de la ventana comenzaba a deshacer la noche, pero a su alrededor todo eran aún sombras en la penumbra. Sentía la mandíbula rígida, como si hubiese dormido con los dientes apretados, y una molestia punzante se aferraba a su vientre. Todavía adormecida se giró entre las sábanas; buscaba a Víctor, su contacto, su olor, su presencia. Pero no estaba. De él solamente quedaban las arrugas que había dejado su cuerpo sobre el colchón. De pronto tuvo miedo; se sintió sola, abandonada.

Víctor entró desnudo desde el baño; Lucía le miró como si ante ella hubiese aparecido un espectro. Él frunció el ceño.

—¿Estás bien?

Lucía parpadeó para terminar de regresar a la realidad. Se incorporó y se frotó la cara con las manos.

—Sí —balbució.

—¿Te preocupa algo? —insistió Víctor.

—No es nada, solo que... No estabas aquí y he sentido miedo a perderte.

—¿Y por qué ibas a perderme?

Víctor se sentó en la cama. Ella le puso la mano en el pecho como si necesitase tocarle para saber que realmente se encontraba allí.

—He tenido una pesadilla. Al despertar me ha asaltado esa extraña sensación.

—¿Qué has soñado?

Lucía se encogió de hombros.

—Solo recuerdo que estaba sola y asustada.

Víctor la besó en la frente.

—Quizá este asunto de las cuentas, del dinero, te ha dejado un poco trastocada.

—Quizá. No lo sé.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Sí. Claro..., claro que lo estoy.

Retiró la mano del pecho de Víctor y la deslizó bajo la sábana. Después apoyó la cabeza en la almohada y le miró pensativa.

—¿Por qué querría John meterme en vuestros asuntos?

—Ya te lo expliqué anoche: así se siente más seguro. Se puso muy nervioso cuando le conté lo nuestro y creyó que cierta información podría quedar descontrolada.

—Pero eso me parece absurdo, yo nunca...

—Lo sé, pero él desconfía. De hecho, no se fía de casi nadie; creo que es un poco paranoico.

Lucía jugó con la mano bajo la sábana disfrutando de su tacto con la mirada perdida.

—¿Seguro que estás dispuesta a continuar? —insistió de nuevo Víctor. Ella asintió con la mirada aún perdida, con la mano dibujando ondas bajo la sábana—. Está bien.

Lucía bajó de la cama y caminó hacia el baño.

—Voy a ducharme, ¿preparas el desayuno?

—Claro, haré café y tostadas.

Bajo la ducha, los pensamientos de Lucía giraron en una espiral que daba vueltas sin parar. El sentimiento de fondo era el de estar atrapada a la vez que engatusada, tentada por el dinero. Y el vértigo no hacía sino incrementarse dentro de aquella situación de la que creía que no podría salir con facilidad, aunque tampoco deseaba realmente hacerlo.

Salió del baño abrazada por su bata de seda negra con el emblema del Luna Llena bordado en la parte superior. El desayuno ya estaba preparado en la mesa de la cocina. Se sentó frente a Víctor y agarró su taza de café con gesto inexpresivo.

—Hay algo más que te preocupa —dijo él.

Lucía dio un sorbo, y el café le quemó en los labios tanto como los quinientos mil euros que iban a ingresarle le quemaban ya en la conciencia. Pero al igual que aguantó el calor en la boca, supo que debía mantenerse serena con respecto al dinero.

—Estoy un poco intranquila por tener tanta pasta a mi nombre, la verdad.

—Solo será durante unas horas, hoy mismo la mandaré a Londres. De todos modos, nadie conoce la existencia de esa cuenta salvo Esteban, John y Chema. Ni siquiera la Agencia Tributaria tiene conocimiento de ella; es una cuenta opaca.

—¿A qué te refieres?

—A que son los bancos quienes envían los datos de los clientes a las administraciones del Estado. Evidentemente, los tuyos no han sido enviados.

Lucía resopló; apoyó el codo en la mesa y la mejilla en el puño.

—Me tranquiliza escuchar eso, no quiero meterme en problemas. —Bebió un poco más de café, esta vez lo notó tibio al pasar por la garganta.

—No dejaré que eso suceda. Confía en mí.

—Confío en ti.

A Esteban le sobresaltó la vibración del teléfono sobre la mesilla antes de que sonase el despertador. Bajó de la cama tratando de no hacer ruido. Se dio una ducha fría para arrancarse el sudor acumulado a lo largo de la noche, se vistió con uno de sus mejores trajes y volvió al baño para ponerse la corbata. Las suaves manos de su mujer le abrazaron mientras ajustaba el nudo; sintió el calor de su cuerpo desnudo a través de la camisa.

—Qué guapo estás hoy —dijo Rosa dulcemente.

—Eso me dices todas las mañanas, cariño.

Esteban sonrió mirando su reflejo en el espejo: Rosa tenía la cabeza apoyada en su hombro. Dio media vuelta y se quedó mirándola de arriba abajo: era una mujer hermosa, madura y elegante, de tez morena, melena castaña y mirada profunda. La agarró por la cintura, la estrechó contra sí, la besó. Subió

las manos a lo largo de su contorno y hundió los dedos en su cabellera.

—Si fuese una gata, ronronearía.

Esteban amplió su sonrisa.

—Te quiero, Rosa.

—Yo también te quiero —respondió melosa.

—Este fin de semana lo pasaremos en grande en Suiza.

—Mmm... Como siempre, tú y yo a solas —repuso ella guiñándole un ojo.

—Sí, tú y yo a solas. Pero antes tengo que dejar algunas cosas resueltas.

Esteban le apartó la melena, la besó con ternura en el cuello y salieron del baño. En el salón recogió su chaqueta y se la colocó sobre el antebrazo.

—¿No vas a desayunar?

—Lo siento, cielo, el jefe me ha mandado un mensaje a primera hora: quiere verme cuanto antes en su despacho. Me ha dicho que es importante.

—¿De qué se trata? —preguntó curiosa.

—No me lo ha especificado, supongo que instrucciones para mover la recaudación.

—Vale. Iré preparando las cosas para el viaje. Que tengas un buen día.

Esteban agarró el portafolios que le acompañaba a todas partes y salió de casa.

Adelardo empujó la puerta del Luna Llena; estaba abierta. Vestía traje y corbata y sobre los hombros portaba una mochila azul. Subió por las escaleras hasta el despacho de John. Allí estaba Chema, esperándole.

—Hola, Adelardo. Pasa y siéntate. —El encargado le saludó con el desdén contenido de quien no desea visita.

El empresario caminó a través del despacho, le estrechó la mano y tomó asiento. Dejó la mochila sobre la mesa:

—Los quinientos.

Chema abrió la cremallera de la mochila y se asomó dentro. Un montón de fajos de billetes morados dieron la bienvenida a su vista.

—Qué montón de pasta... —masculló.

—Diez paquetes de cien billetes cada uno, para que te sea más fácil contarlos.

—Pues no pienso hacerlo.

Chema sacó los fajos a puñados. Jamás había visto tanto dinero junto. Aquel montón de pasta le solucionaría la vida, y por un momento se imaginó a sí mismo largándose con ella, olvidándose de todo y de todos para siempre. «¿Y a dónde iría? —se preguntó apesadumbrado—, mi vida está aquí, en mi club». Abrió su cartera negra y los metió dentro a toda prisa como si le quemasen en las manos.

—Ya lo contarán en el banco. —Echó el cierre de la cartera y la dejó a un lado.

—Como quieras. De todos modos lo he hecho yo mismo antes de venir.

—Estará todo, no te preocupes.

Un silencio viscoso llenó el despacho. Adelardo se rascó la nuca como si escarbase en sus pensamientos.

—He oído que Sandra ya no trabaja en el club, ¿es cierto?

—Ni Sandra ni Lucía.

—¿Qué ha pasado? No me digas que las has echado.

—Lo de Lucía es cosa de Víctor, tiene un lío con ella.

—No me jodas... —Adelardo se quedó boquiabierto—. ¿Y Sandra?

—Ella se ha ido sin más. Supongo que querrá cambiar de aires.

—Pues es una pena, le daban un toque especial al club. Sobre todo Lucía.

—Ya sabes, las chicas van y vienen.

—Víctor se habrá encaprichado de ella, y siempre consigue lo que quiere. Pero es algo que está fuera de tu alcance, no te quemes por ello.

Chema le miró de medio lado tratando de ocultar su indignación. Adelardo comprendió que estaba de más allí.

—En fin, yo me marcho; mi trabajo concluye aquí. —Se echó la mochila al hombro, dio media vuelta y desapareció por el pasillo.

Chema se cruzó de brazos y observó su cartera, gruesa como nunca lo había estado. «Víctor siempre consigue lo que quiere»: esa frase de Adelardo se le había quedado grabada en la mente como la divisa marcada con hierro incandescente en el lomo de una res, e igualmente le quemaba.

Esteban cruzó las puertas automáticas de la sede central del partido; atravesó el vestíbulo y cogió el ascensor hasta la séptima planta; pasó junto a la secretaria del presidente sin detenerse:

—Buenos días, Ana Belén —saludó ladeando la cabeza.

—Hola, Esteban —respondió ella con su rígido rostro acartonado—. Don Manuel te espera desde hace rato.

El jefe estaba sentado delante de su periódico deportivo favorito, aún sin abrir. Traqueteaba con los dedos, impaciente, sobre la superficie engomada de la mesa. Cuando escuchó la puerta miró a Esteban con gesto severo; este tomó asiento intuyendo que algo no iba bien.

—¿Qué ocurre?

—La policía detuvo anoche a Jordi por orden judicial —dijo Manuel sin pestañear—. Han bloqueado todas sus cuentas.

—¡Joder, joder, joder! ¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Esteban. Y mientras lo hacía, su cara se transformaba en un mueca de honda preocupación.

—De momento quedarnos quietos. No tiene porqué pasar nada, y espero que así sea.

—¿Con qué argumentos le han detenido?

—Pertenencia a una red de blanqueo de dinero.

—Esto se puede poner muy feo. ¿Quién es el juez instructor?

—Melchor Bermúdez.

A Esteban le cambió la cara; su gesto de preocupación se trocó en pánico. Por un momento creyó que iba a morir de un ataque de ansiedad: Melchor Bermúdez había construido su carrera política a la sombra del principal partido de la oposición.

A principios de los años noventa, cuando Esteban no era más que un cargo intermedio, el partido había sido investigado por irregularidades contables. Finalmente, el caso fue archivado por un defecto de forma, pero la duda siempre planeó sobre la organización. Esteban estaba convencido de que la judicatura no cometería el mismo error una segunda vez.

—Pues algo habrá que hacer, no podemos permanecer de brazos cruzados mientras nos dan caza —dijo con voz temblorosa. Unas gotas de sudor frío asomaron a su frente pálida.

—De momento, lo que te he dicho: estarnos quietos y esperar a ver si escampa —respondió Manuel en tono tranquilizador—. Debemos conservar la calma.

—Está bien. Daré instrucciones a todo el mundo para que nadie mueva nada.

—Eso es. Quizá la tormenta pase en unas semanas y todo quede en un susto.

Esteban le miró a los ojos como jamás lo había hecho:

—Manuel —dijo con acento grave—, sabes que podrían llegar hasta mí y...

—Tranquilo —le cortó el jefe—. No estás solo, el partido te apoya.

—De acuerdo. —Esteban asintió escondiendo su desconfianza—. Comenzaré a organizar las cosas inmediatamente.

Esteban salió presuroso. Fue directo al ascensor sin mirar siquiera a Ana Belén. Se sentó en su despacho; cerró los ojos; intentó calmarse frotándose las mejillas con las palmas sudorosas de las manos, pero el miedo se apoderaba de él por momentos, implacable.

Abrió el portafolios y empezó a repasar obsesivamente la documentación manuscrita sobre la contabilidad paralela del partido que guardaba en él. Lo revisó varias veces: estaba todo. Sacó su libreta de contactos y marcó el número de Chema.

Al tercer tono el encargado descolgó.

—¿Has ingresado los quinientos en el BKS?

—Sí, acabo de hacerlo. Voy camino del club.

—¡Mierda!

—¿Qué demonios pasa?

—Nos vemos allí en media hora y hablamos. Adiós.

Sacó del primer cajón de su escritorio una memoria USB y la pinchó en su ordenador. Minutos después, portafolios en mano, abandonó el despacho hacia el aparcamiento subterráneo en busca de su coche particular.

Esteban atravesó el despacho del Luna Llena haciendo retumbar los zapatos sobre el suelo.

—A ver qué susto me vas a dar —dijo Chema llevándose la mano a la frente.

—Han detenido a Jordi.

Chema palideció.

Esteban expuso la situación mientras el encargado escuchaba inmóvil como una figura de cera: en su imaginario no se representaba otra cosa que el siguiente golpe de mazo en la demolición del club.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer?

—De momento, el jefe dice que no movamos nada.

—¿Eso es todo?, ¿qué no hagamos nada?

Esteba asintió moviendo lentamente la cabeza.

—Don Manuel cree que la investigación no llegará hasta nosotros. Pero si no es así, me temo que estaremos solos.

—¿Solos? —dijo el encargado con la voz quebrada—. ¿Después de toda la mierda que hemos manejado para ellos, nos dejarán solos?

—Don Manuel asegura que no, pero yo no le creo, no creo que vayan a mancharse las manos. Estoy convencido de que si la cosa se complica renegarán de todo y de todos.

Ante la perspectiva real de perder su negocio y, quizá, acabar en la cárcel, los quebrantos que Chema había tenido hasta entonces le parecieron una broma. Hizo un intento por tranquilizarse diciéndose a sí mismo que no ocurriría, pero fue en vano.

—¿Y si eso sucede? —preguntó con gran angustia.

—Cada cual tendrá que apanárselas como pueda. Yo he hecho copia de toda la documentación de la caja B que tengo

en el ordenador de mi despacho; no voy a consentir que me den la espalda.

—¡Joder! —se lamentó Chema dando un puñetazo en la mesa. Miró su cartera, ya vacía, y empezó a ver las cosas con claridad—. Voy a sacar los papeles que hay aquí, me los llevaré a algún lugar seguro.

—Harías bien. Si el juez indaga lo suficiente, es posible que llegue hasta el Luna Llena. Y Bermúdez no se anda con tonterías: ordenará un registro por sorpresa. Si encuentran algo aquí, estáis acabados.

—¿John sabe algo de esto?

—Aún no, tú eres el primero al que he llamado con la esperanza de que no hubieses hecho el ingreso. Habla con él y dile que pare todo si aún está a tiempo, que vuelva a Madrid cuanto antes. Yo me pondré en contacto con Víctor.

—Le llamaré ahora.

—No lo demores. Mañana pasaré por aquí a mediodía y nos contaremos novedades.

Chema permaneció inmóvil unos minutos, ausente de la realidad, perdido en sus paranoias: Si el Luna Llena se veía envuelto en un escándalo de esa magnitud, en el mejor de los casos los miembros huirían despavoridos, por lo que el club estaría acabado de todos modos. Sacudió la cabeza, agarró el móvil y marcó el número de su socio. Los dedos le temblaron al hacerlo. Tras varios tonos de llamada, este descolgó, pero no dijo nada: al otro lado de la línea tan solo se le escuchaba

hablando en inglés con otra persona. Un momento después le habló a él:

—Dime, Chema.

Estaban a punto de firmar en el banco cuando el móvil de John vibró en el bolsillo de su chaqueta; descolgó en medio de la conversación con el empleado que los atendía; se lo acercó lentamente a la oreja y contestó.

—Dime, Chema.

—¿Has abierto ya la cuenta de Sandra?

—Aún no, estamos tramitando la documentación.

—Pues no lo hagas, no abras esa maldita cuenta.

—¿Cómo? ¿Pero de qué estás hablando? —dijo en voz baja, tapándose la boca para enmudecer aún más sus palabras.

Sandra no le quitaba ojo a la conversación que John mantenía con Chema. Aunque no entendía nada de lo que el encargado decía, el timbre de su voz le resultaba inconfundible y la cara de preocupación del inglés empezaba a asustarla.

—No preguntes. Coge el primer vuelo que salga para Madrid. Ven al club en cuanto aterrices.

—De acuerdo. —Colgó.

John intercambió unas breves palabras con el empleado que los atendía y abandonó el banco tirando de Sandra sin darle mayores explicaciones. Caminaron hacia el hotel apresuradamente por la acera de Oxford Street bajo el cielo nublado, John dando grandes zancadas y Sandra tratando de seguirle el paso.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. Chema no ha querido contármelo por teléfono, pero tenemos que regresar.

—¿Y eso qué significa?

—Que hay problemas, problemas serios.

Esperaron a que el semáforo cambiara a verde y cruzaron la calle. Subieron en el ascensor del hotel sin mediar palabra. Cuando se abrieron las puertas y salieron al pasillo, John rompió el silencio.

—Recoge tus cosas, nos vamos para el aeropuerto ahora mismo.

—Qué pronto llegas hoy —dijo Lucía, extrañada de ver a Víctor entrar en casa antes del mediodía.

—Tenemos un contratiempo del que debes estar al tanto.

—¿Un contratiempo?

—La policía ha detenido a nuestro antiguo testaferro. El juez ha bloqueado sus cuentas.

—¿Y cuál es el problema?

—Una de ellas, la del BKS, es nuestra; aún no la había cerrado porque estaba esperando a que John me diese el número de la nueva cuenta de Sandra para traspasarle todo el saldo.

Lucía hizo ademán de hablar, pero no fue capaz de articular palabra.

—No te preocupes por nada, nena —continuó Víctor—. Aún no he realizado ningún movimiento desde la tuya, no hay nada que te relacione con la familia. Y, como te dije, es opaca,

nadie sabe que existe. Es imposible que la investigación llegue hasta ti.

—¿Y qué va a pasar con el dinero que hay en ella?

—De momento se quedará donde está; moverlo sería peligroso.

—¿Y contigo?, ¿qué pasará contigo?

—Yo no aparezco en ninguna parte, las transacciones que hago desde mi despacho están firmadas con las claves de Jordi.

Lucía se apoyó en la encimera masticando el sabor pastoso de la información que Víctor acababa de transmitirle. No terminaba de encontrar la tranquilidad por mucho empeño que este hubiese puesto en sus explicaciones. Abrió una botella de vino.

—Necesito un trago...

El vuelo procedente de Londres que traía de vuelta a John y a Sandra aterrizó en Madrid pasadas las cuatro de la tarde, sin rachas de viento, sin constantes balanceos y tras una suave toma de contacto con la pista.

Habían pasado tantas cosas y tan rápido en las últimas horas que apenas habían tenido tiempo de recapacitar sobre lo sucedido la noche anterior entre ellos: se habían despertado abrazados y habían intercambiado impresiones, aunque sin atreverse a profundizar, mientras se preparaban para salir y en el desayuno en el hotel; pero desde la llamada de Chema, todo aquello había quedado en un segundo plano. John pasó el

trago del despegue y el aterrizaje aferrado a la mano de Sandra, y durante el vuelo habían permanecido en silencio: él con gesto de gran preocupación y ella observándole de reojo de cuando en cuando, fascinada por el hombre que inesperadamente había compartido su cama.

Caminaban apresurados hacia a la zona de recogida de equipajes cuando John se giró para hablarle:

—Llevo toda la mañana preguntándome algo.

—¿Qué?

—La razón por la cual Lucía y tú os repartís las comisiones a medias.

—¿Qué ocurre con eso?

—Pues que tú deberías llevarte dos tercios, y no la mitad. Siempre se paga una comisión al titular por cada una de las cuentas que están a su nombre. Además, las tuyas están en el extranjero mientras que la de Lucía está aquí, en Madrid.

Sandra se encogió de hombros.

—No había reparado en ello, la verdad. Víctor nos lo expuso así, y ni siquiera me lo planteé.

—Pues la jugada ha sido redonda... para ellos.

Sandra le miró arqueando las cejas.

—¿Por qué haría Víctor tal cosa? No le veo sentido.

—Creo que yo sí: me ha devuelto la jugada, y tú eres su trofeo.

Sandra aminoró el paso, le agarró del brazo.

—Explícate.

—Cuando me enteré de que Lucía y él estaban juntos, me las arreglé para meterla en los negocios de la familia; no quería a una ex empleada enterándose de los trapos sucios del Luna Llena y pensé que implicarla sería lo más seguro.

—¿Y su represalia ha sido meterme a mí en el ajo?

—Exacto.

—Pero ¿por qué?

—Porque eres la chica de mayor confianza en el club. Él sabía que tendrías que abandonarlo, que serías una pérdida importante para el Luna Llena.

—A ver si me aclaro... —Sandra se tomó unos segundos para poner en orden sus ideas—. Víctor me ha metido en esto para devolvértela y, al mismo tiempo, conseguir que Lucía gane una pasta sin moverse de casa.

—Más o menos, ese el resumen de lo que yo creo.

De pie frente a la cinta transportadora que habría de devolverles el equipaje, Sandra se preguntó si John estaría en lo cierto, si realmente todo formaba parte de una estrategia bien estudiada y calculada.

—Si es como tú dices —reflexionó en voz alta—, ¿cómo se supone que debería reaccionar yo?; mi mejor amiga me estaría utilizando.

—Bueno, es posible que ella ni se imagine algo así, como tampoco lo hiciste tú. Probablemente ha sido solo cosa de Víctor.

—Sea como fuere, me enteraré. —Sandra se cruzó de brazos, cabreada, herida. John le cogió la mano, la estrechó entre las suyas.

—De momento, lo primero que vamos a hacer es ir al club; tengo que hablar con Chema, que me explique qué demonios está ocurriendo.

Después de recoger las maletas salieron de la terminal y se dirigieron al aparcamiento.

—¿Cómo se lo ha tomado él? —preguntó Sandra ya en la autopista.

—¿Quién, Chema?

—Sí.

—Que dejaras el club lo lleva bastante mal, está muy cabreado con Víctor.

—Pues espero que no esté resentido conmigo.

—No lo creo.

—¿Y cómo crees que se va a tomar que tú y yo...?

John la miró de soslayo.

—Poco importa eso ya.

Haber sacado del Luna Llena los documentos comprometedores había proporcionado a Chema algo de tranquilidad, pero no toda la que necesitaba: «Nunca debí consentir que la familia llevase a cabo sus negocios dentro del club», se dijo entrando en el despacho de la primera planta. Se sentó a esperar impaciente por hablar con su socio; John apareció transcurrido un buen rato acompañado de Sandra.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó cariacontecido.

—Tranquilo —contestó John. Los dos se sentaron frente a él—. Cuéntame qué ocurre.

Chema miró a Sandra con desconfianza, y después a John, pero este le hizo un gesto dándole a entender que podía hablar delante de ella con total libertad. No conforme del todo, el encargado comenzó a relatar lo sucedido: la detención del testafarro, su entrevista con Esteban y las decisiones que ambos habían tomado.

—¿A dónde has llevado nuestra documentación? —preguntó John cuando Chema hubo terminado de hablar.

—Está en la nave industrial de un amigo de confianza, en un polígono de Alcorcón.

—Bien. Con los papeles fuera de aquí, no hay nada que nos implique.

—Sí que lo hay —repuso Chema—. No olvides que he sido yo quien ha hecho los ingresos de los últimos años en la cuenta de Jordi.

John se llevó las manos a las mejillas, se estrujó la cara con ellas como si fuese una bayeta de cocina empapada con su propia frustración.

—Ahí tenemos un cabo suelto —resopló—: si tu nombre sale a relucir, las sospechas llegarán hasta el club.

—¿Y no hay nada que podamos hacer? —preguntó Chema con gran afectación.

Sandra había permanecido callada mientras ellos dos hablaban, sin saber qué decir, sin saber siquiera si debía decir

algo. Pero en ese momento se le ocurrió una posible solución y la soltó sin pensar:

—¿Y si hablas con Víctor? —le dijo a Chema—. Él podría hacerte desaparecer del historial de movimientos de la cuenta.

Chema ni siquiera valoró la propuesta de Sandra:

—Víctor no haría tal cosa. Nunca se implicaría por mí de esa manera.

—Yo hablaré con él —afirmó John—, no tenemos nada que perder. Además, estamos todos metidos en el mismo saco.

—Así es, estamos metidos en el mismo saco —continuó Chema—; un saco que parece lleno de gatos tratando de sacarse los ojos los unos a los otros con tal de encontrar la salida. Me cuesta creer que puedas convencerle de tal cosa después de la guerra absurda que os habéis traído entre manos con ellas. —Chema miró a Sandra, que permanecía callada.

—Pero tu nombre en esa cuenta es lo único que nos vincula con la familia, tenemos que intentarlo —insistió John.

Chema recapacitó.

—Está bien, pero seré yo quien hable con él. No quiero más tensiones.

Sandra los miró alternativamente cruzada de brazos. Estaba cansada del viaje y aturdida por aquella confusa situación de la que era una mera espectadora.

—Os dejos solos, chicos, tengo ganas de llegar a casa. — Se despidió de Chema con un ademán cortés; de John con una sonrisa deslumbrante llena de hilaridad.

Chema permaneció pensativo unos instantes después de marcharse Sandra. Había algo en ella que no terminaba de encajarle.

—¿Por qué se muestra tan agradable contigo? —preguntó frunciendo el ceño.

John le miró con su cara de chiquillo travieso y avergonzado.

—Digamos que en las últimas horas hemos estrechado nuestra amistad.

—¿Vuestra amistad? Te has acostado con ella... —dijo Chema abriendo los ojos como una lechuza.

—Ha sido algo inesperado. Supongo que las cosas salen como salen —dijo tratando de quitarle importancia—. Espero que esa circunstancia no se interponga entre tú y yo.

Chema resopló. Tenía la sensación de que a cada minuto que pasaba el ambiente se enrarecía más y más.

—No, claro que no. Ya me había hecho a la idea de que no volvería al club; no tengo nada que objetar acerca de su vida privada.

—Me alegro de que te lo tomes así.

—No podría tomármelo de otro modo. Ahora, si no tienes ninguna sorpresa más para mí, yo también me marcho a descansar. —Chema se levantó y caminó hacia la puerta—. Por cierto, he quedado mañana aquí con Esteban, a mediodía.

—No faltaré.

Esteban se sentó en una butaca de su salón, dejó el portafolios en el sofá y la chaqueta tirada sobre la mesa; había entrado en casa en silencio, casi furtivamente. Perdió la mirada en la puerta del dormitorio, desde donde escuchaba a su mujer trastear en el armario. A su espalda aún oía el sonido de sus llaves puestas por dentro, balanceándose en la cerradura tras el sutil empujón que le había propinado para cerrarla. Se sentía inseguro en todas partes salvo allí.

Rosa salió del dormitorio vestida con unos finos pantalones de colores y una camiseta blanca, vaporosa, elegante.

—Hola, cariño, no te he oído entrar —dijo acercándose a él. Esteban continuaba con la mirada perdida, ausente—. ¿Ocurre algo?

—Han detenido a Jordi —balbuceó sin pestañear.

—¿Cómo dices?

Rosa se sentó en el sofá, junto al portafolios, y tomó la mano de su marido; pero Esteban no reaccionaba. Tuvo que acariciarle la mejilla para sacarle del estado de *shock* en el que se encontraba, para conseguir que le diese una explicación. Cuando por fin lo hizo, varias lágrimas despuntaron en los ojos de Rosa.

—Debemos asegurar la supervivencia de esos documentos. —Esteban señaló el portafolios—. Los guardaremos en la caja fuerte.

—¿Crees que este es el mejor sitio? —gimoteó ella.

—No lo sé, pero quiero tenerlos a mano. —Esteban hizo una pausa para tomar aire, pero al llenar los pulmones la sensación de ahogo no desapareció—. Mañana voy a llevarlos a la notaría; don Pablo está en Madrid y me hará el favor de atenderme en un día festivo. —Miró a su mujer a los ojos—. Las cosas se pueden poner muy feas, mi vida —dijo estrechando con fuerza su mano—. Mañana quiero que vayas al banco y saques todo el dinero; el director de nuestra sucursal está de vacaciones, pero he conseguido hablar con él y el subdirector te esperará a las diez en punto.

Rosa no dijo nada, tan solo le miraba con ojos de chiquilla asustada.

—Si el juez Bermúdez llega hasta mí —continuó Esteban—, lo primero que hará será bloquearnos las cuentas. Vamos a necesitar dinero en efectivo para sobrevivir y... —los labios comenzaron a temblarle—... para mi defensa.

Rosa asintió con amargura. Las lágrimas le cubrían ya las mejillas y corrían hacia su barbilla como arroyos de temporada desbordados.

—Estaré a tu lado pase lo que pase. Ya lo sabes. —Rompió a llorar.

Esteban apartó el portafolios y se sentó junto a su mujer.

—No te preocupes, todo saldrá bien. Tenemos dinero para vivir y la documentación para protegernos: el partido no se atreverá a abandonarme sabiendo la información que poseo. —Esteban la besó en la frente, la estrechó en sus brazos, pero ella no encontró consuelo—. El viernes, en cuanto esté todo

listo, nos iremos a pasar el fin de semana a las montañas. Tenemos muchas cosas en las que pensar, y retirarnos allí unos días nos vendrá bien.

Sandra apagó el teléfono y lo dejó sobre las sábanas; acababa de hablar con Lucía acerca del reparto de las comisiones. Lucía le había asegurado que no sabía nada, convencida de que ese era el proceder habitual tal y como Víctor les había expuesto.

La luz de la luna, casi llena, se colaba como un fantasma por entre las cortinas del dormitorio, agitadas por la corriente que entraba por la ventana; el silencio reinaba en la penumbra, la calma de la noche se extendía entre las cuatro paredes. Sandra dio media vuelta bajo las sábanas y abrazó a John.

—Quizá ella realmente no tenga nada que ver —dijo acariciándole el pecho.

—Tú la conoces mejor.

—Prefiero pensar que es así.

—¿Y si no lo fuera?

—Entonces significará que no es la persona que yo creía que era.